

10

336

EL PAUPERISMO EN ÁLAVA

INMIGRACIÓN Á LA CAPITAL

MEDIOS DE COMBATIRLA

POR

Don Eulogio Serdán y Aguirregavidia

CATEDRÁTICO, VICE-DIRECTOR DEL INSTITUTO DE CUENCA



Obra premiada con ACCESIT

en los Juegos Florales celebrados en la Ciudad de Vitoria

el día 8 de Agosto de 1899



LEMA:

«Si un hombre no quiere trabajar,
no es digno de comer.»

(SAN PABLO).

VITORIA

Imprenta de los Hijos de Iturbe

1899

BH

10 49

El Pauperismo en Álava

INMIGRACIÓN Á LA CAPITAL: MEDIOS DE COMBATIRLA

POR

Don Eulogio Serdán y Aguirregavidia

Catedrático, Vice-Director del Instituto de Cuenca

OBRA PREMIADA CON

ACCÉSIT

EN LOS JUEGOS FLORALES CELEBRADOS EN LA CIUDAD DE VITORIA

EL DÍA 8 DE AGOSTO DE 1899

LEMA:

«Si un hombre no quiere trabajar,
no es digno de comer.»

(San Pablo).

VITORIA
IMPRESA DE LOS HIJOS DE ITURBE
1899

R. 19498

A mi distinguido amigo
y laureado escritor D. Respecto
Saluda


En afectuoso

F. Lerdau

Al Excmo. Señor

Don Juan Cano y Aldama

Senador del Reino

 nadie, mejor que á V. E., debe dedicarse, en Vitoria, cualquier trabajo relacionado con el pauperismo de la capital alavesa.

Sus sentimientos caritativos tienen hermoso abolengo en su privativa historia. Hace años que en la antigua Gaztèiz se dejan sentir los bienhechores efectos de una mano oculta, que, practicando la caridad con el estupendo sigilo que recomiendan las máximas evangélicas, se ha hecho acreedora á la estima y consideración de sus paisanos. Roto el que, para los favorecidos, se creyó impenetrable misterio, y ostensibles—contra su voluntad,—las manifestaciones de admiración que le tributan propios y extraños, un nuevo rasgo de su inagotable generosidad y de su acendrada filantropía acredita la eximia personalidad de S. E., colocándole en envidiable lugar, y por derecho propio, dentro del número de las personalidades que, al peregrinar por los áridos espacios de este misero planeta, prodigaron y difundieron, con fruto, la benéfica semilla de la primera virtud del Cristianismo.

Asociándome, en mi calidad de vitoriano, al cariñoso respeto que merecidamente disfruta en la Ciudad que arrulló los albores de su preciada existencia, hubiera querido dedicarle el mejor y el más completo trabajo de este género, sin tener en cuenta que mi notoria insuficiencia era poderoso obstáculo para contrarrestar los innatos impulsos de mi sincero entusiasmo.

Tal como es, malo ó mediano, incompleto y desaliñado, no olvide V. E. que lo confeccioné á cien leguas de esta pintoresca región interin mi corazón evocaba las más tiernas é imborrables memoranzas, y pródigo, como lo es para los necesitados, el ilustre representante de Vitoria en la Alta Cámara, espero que se dignará acogerlo con la benevolencia y la galantería que le son proverbiales, honrando así, y una vez más, las aspiraciones de su afectísimo amigo y S. S.

Q. B. S. M.,

Eulogio Ierdán



EL PAUPERISMO EN ÁLAVA

INMIGRACIÓN Á LA CAPITAL: MEDIOS DE COMBATIRLA

PRELIMINAR

Entre los problemas filosófico-sociales cuya solución interesa á nuestra sociedad actual, ocupa privativo y preferente lugar el que se relaciona con el mejoramiento del proletariado y tiende á la extinción paulatina de la mendicidad.

Las doctrinas socialistas, tan antiguas como el alborar de la Historia, se han ocupado de hacer más agradable y llevadero el destino de los desheredados de la fortuna, y, á partir de las instituciones orientales, Platón y Licurgo, en Grecia, dieron margen con sus escritos y predicaciones á las teorías utópicas de Moro, en su *Utopia*, de Campanella, en la *Ciudad del Sol*, de Hárington, en su *Oceana* y de Bodin, en su *República*. El socialismo radical con Owen, Fourier y Rousseau, entre otros, trató de establecer la verdadera igualdad entre los hom-

bres; pero, ni éstos, ni los socialistas contemporáneos como Luis Reybaut, Minghetti y Dameth, ni los socialistas científicos como Federico Engels, Weitling y Carlos Marx, ni los socialistas revolucionarios y anarquistas han conseguido tanto, creemos, ó al menos no han hablado con tanta eficacia y verdad como el gran León XIII, al publicar su hermosa y magistral Encíclica, intitulada, *De conditione opificum*, en la que se exponen plausibles remedios para amparar, sin graves contratiempos, la precaria situación que nos ofrecen las clases obreras, llamadas, si no se las atiende y considera, á proporcionar un contingente aterrador á esa llaga social que conocemos con el nombre de mendigos.

Cuidar al pobre, protegerle y remediarle en su angustiosa situación, es lo mismo que restar afiliados á la mendicidad, ya que ésta sea un efecto del menosprecio y del descuido en que tenemos á los que, pendientes de un módico y aun escaso jornal, saben, sin embargo, conservar, como reflejo de una mediana educación, ese aire de independencia que lleva consigo el ingénito sentimiento del pudor y de la dignidad que á todos nos acompaña. Si contribuimos, en la medida de nuestras fuerzas, á sostener en el hombre el sentimiento del decoro, disminuirán sensiblemente los viciosos y los corrompidos y la mendicidad no ostentará esos caracteres alarmantes que presenta en nuestros días y que obliga á toda suerte de corporaciones y entidades á buscar, de buena fé, remedios de problemática utilidad.

Si, por el contrario, se desatiende el bienestar de las clases obreras, si se atrofian en los individuos adscriptos á tan beneméritas clases, esos destellos que nacen del alma y animan en la vida á todo hombre honrado, las tendencias de la desidia y de la holganza aparecerán en él, se amortiguarán los hábitos de trabajo, y el que

antes fuera un apreciable jefe de humilde familia concluirá por sumarse entre los mendigos explotando con su hipócrita actitud y las de sus propios hijos, la inagotable fuente de la caridad pública, con detrimento de los verdaderos indigentes y necesitados.

Hay que tener en cuenta que la pobreza no solo es patrimonio de la clase obrera sino que también invade á la clase llamada media, presentando numerosos ejemplos entre los empleados de mezquino sueldo y en muchos obreros de la inteligencia, honrados en su mayoría, á los cuales debieran llegar siempre los beneficios de la caridad cristiana, ya que estos desgraciados prefieren la muerte obscura á sumarse con los perezosos vividores que hacen de la mendicidad una profesión, en la que ingresan gustosos, afiliándose en las multiplicadas secciones de mendigos documentados, artistas, falsos lisiados, padres postizos, etc., etc., que exhiben sus fingidas desdichas en público para excitar, con mayor éxito, la conmiseración de los transeúntes.

Así hay cientos y miles que pululan por calles y plazas buscando de una manera cómoda el óbolo necesario al sostenimiento de sus vicios, sin que sea posible retraer á estos desgraciados de esa pendiente fatal en que desvergonzadamente se arrojan con detrimento de la dignidad de su persona, peregrinando en el resto de sus días hasta concluir su mísera existencia, y lo que es peor, transmitiendo á hijos y á deudos las perniciosas enseñanzas de su ejemplo, que parece basarse en la ingeniosa copla de Espronceda:

*«Mío es el mundo: como el aire libre,
Otros trabajan porque coma yo:
Todos se ablandan si doliente pido
Una limosna por amor de Dios.»*

Esto se escribía hace más de sesenta años retratando

fielmente las costumbres de la época; la sociedad española padecía entonces ese malestar, crónico de siglos atrás, y recrudecido con mayor intensidad en las postrimerías de esta centuria que apellidamos de las luces, hasta el punto de llamar la atención, hace algunos meses, en la Capital de España, la que, contando con muy valiosos elementos y en excelentes condiciones, acaba de organizar la Asociación titulada *La Caridad Matritense*.

Quizá al certamen promovido por el Excmo. Ayuntamiento de Vitoria, lleguen algunos datos de los aportados para constituir tal asociación, pero, nosotros, teniendo en cuenta la diferencia de localidad, de costumbres y de medios, acomodaremos nuestro trabajo á las naturales y plausibles exigencias de la corporación popular de la capital alavesa, indicando el genuino valor de la honrada limosna y su destino que, en opinión de ilustres escritores y en nuestro concepto, estriba en proporcionar trabajo al que tiene hambre y pan al que no puede trabajar.

EL PAUPERISMO EN ÁLAVA

INMIGRACIÓN Á LA CAPITAL: MEDIOS DE COMBATIRLA ⁽¹⁾

«Si un hombre no quiere trabajar, no es digno de comer.»

(San Pablo).

I

El modestísimo lugar que la provincia de Álava ocupa en la Estadística de la riqueza de España y el relativo bienestar que se observa en ella y, especialmente, en su ilustrada y laboriosa capital, son fenómenos que ofrecen singular admiración y que resultan dignos de prolijos estudios para nuestros modernos economistas. Solo, teniendo en cuenta que Álava forma parte de la antigua y hermosa Vasconia, respetada de propios y extraños, cuya administración severa y de todo punto incorruptible, es admitida como ejemplar en todos los pueblos cultos y morigerados, puede uno darse cuenta aproximada del contraste que dejamos apuntado, y

(1) Bajo los aspectos moral, filosófico y económico puede tratarse el interesante estudio del tema en cuestión: mas, el colorido impreso al mismo por el Excmo. Ayuntamiento de Vitoria, obliga al autor de este trabajo, á darle todo el sabor local que, en su esencia, reclama, el título adoptado por el municipio de la capital alavesa.

que, sin duda alguna, influye sobremanera para apreciar, bajo determinado punto de vista, el tema objeto de estos desaliñados renglones, que no es otro que el de reseñar, á vuela pluma, el origen y trascendencia actual del pauperismo alavés.

El pauperismo no es nuevo en Álava, ni en España, ni en la Europa, ni en el mundo: con todos los visos de una necesidad social apareció ya entre los primeros pueblos, siendo la indolencia, el clima, el temperamento, género de vida y hasta la propia idiosincrasia de los hombres otras tantas causas del mismo confirmadas, más tarde, con las divinas é insolubles palabras de Jesucristo cuando dijo: «Siempre habrá pobres entre vosotros.» En efecto, las castas de la India y las clases de otros Estados; las diferencias establecidas, entre vencedores y vencidos y el instinto de los fuertes por avasallar á los débiles produjeron el desequilibrio social que hoy encontramos. Mas, si el pauperismo pudo sobrellevarse en tiempos de escasa ilustración y cuando se desconocían poderosos vínculos que hoy unen al hombre acomodado con el desvalido, parece que, en nuestros días, ese número considerable de famélicos que le constituyen, aumentado de una manera alarmante, ha roto la proporción en que se hallaba respecto de las demás clases, hasta el punto de ser considerado como una llaga social, como un cáncer que, paulatinamente, corroe las entrañas naturales de toda sociedad bien constituida y á cuyos temibles adelantos deben oponerse remedios heroicos que extirpen de raíz, si fuera posible, esa gangrena lenta y progresiva, manifiesta en el actual malestar que todos advertimos.

Condensada, en líneas generales, la significación del pauperismo, no es empresa fácil concretarlo á esta provincia cuya reducida extensión y riqueza, apenas si per-

miten establecer paralelos con otras, y en especial, con sus hermanas Guipuzcoa y Vizcaya, en donde, dicho sea en verdad, no se dejan sentir como en la pobre Álava, los perniciosos y lamentables efectos de la indigencia.

Esto supuesto, y sin olvidar nunca la índole peculiar de este bosquejo, acometeremos, con sobrada osadía, el desarrollo del importantísimo tema, elegido, por el Excmo. Ayuntamiento de la capital de Álava, con un acierto que le honra en demasía, ya que en él observamos plausibles deseos de armonizar los intereses de la caridad cristiana, sin menoscabo de los que representan los de todo un pueblo bien administrado y que, sin jactancia alguna, puede blasonar de culto.

II

El pauperismo, en su genuina significación, comprende el número de seres necesitados de lo más preciso para la existencia. Confúndense en tal número: 1.º los desheredados de la fortuna que, realmente, carecen de medios necesarios para el sustento propio: 2.º los pobres llamados vergonzantes que por su calidad y obligaciones se hallan igualmente necesitados, aunque no pidan limosna de puerta en puerta, y 3.º los mendigos que habitualmente la solicitan.

Decimos que se confunden unos y otros, admitiendo que todos ellos necesitan del concurso ageno si han de atender á las apremiantes y perentorias necesidades de la vida, si bien las diferencias que existen en los tres grupos citados son muy notables y á ellas habremos de referirnos en el trascurso de nuestro escrito.

Álava, pobre como es, y atendida á sus contados recursos, quizá pudiera subvenir y atender con piadoso y caritativo celo, á las necesidades de los comprendidos en

el grupo primero, siempre que fuesen hijos de la provincia; le sería muy fácil complementar las lógicas aspiraciones de los segundos en iguales condiciones, y, sin embargo, se verá perpleja y resultará casi impotente para aniquilar la mendicidad, porque ésta es, ó mejor, se ha hecho universal, y elude toda suerte de leyes y restricciones como hija natural de la pereza y opuesta, en todo, á las sacrosantas leyes del trabajo. Combatir la indolencia será combatir la mendicidad y esto es algún tanto difícil porque los vagabundos encuentran más cómodo el tender la mano para recibir el óbolo de la caridad que el sujetarse á empuñar la herramienta cuyo manejo pueda facilitarles honradamente el sustento diario. Si esto sucediera, los inagotables manantiales de la caridad, tanto pública como privada, podrían atender á las numerosas é inevitables miserias propias de una sociedad como la nuestra, sin ver frustrados sus generosos esfuerzos por la concurrencia de los mendigos profesionales que todo lo acaparan y para los que todo es poco si han de satisfacer sus insaciablos deseos de lucro. Se objetará que entre los verdaderos mendigos se cuenta á los ancianos, ciegos, inválidos del trabajo, etc., etc.; pero estos infelices, á quienes una verdadera desgracia aflige, se entremezclan y tienen que luchar con ese montón innumerable de mendigos de oficio, compuesto de falsos tullidos, cojos, mancos, lisiados y paralíticos, que todo lo invade y en todas partes se encuentra practicando, con estudiado papel, el modo de excitar la compasión á fin de obtener mayores rendimientos.

Tiempo nos queda para proseguir estas lucubraciones que juzgamos muy pertinentes de nuestro trabajo, si bien el plan que nos hemos propuesto, llévanos á confirmar nuestra opinión de que Álava, sin extraños recursos, se bastaría para reducir el pauperismo de su pro-

vincia (1) á unos límites tan insignificantes como dignos de aplauso, presentándose ante el resto de España como implantadora de un sistema tan sencillo como económico, que desconoce en la actualidad la cultísima capital de la República francesa, y que resuelve, con un poco de constancia y de buena voluntad, el pavoroso problema de la mendicidad, aniquilando sus poco halagadores efectos.

Y, antes de entrar en materia, y como antecedentes de gran valía para abordar briosamente la compleja cuestión que nos ocupa, preguntemos ¿cómo responde la provincia de Álava á las naturales exigencias de la caridad cristiana y de la filantropía?

La capital lo hace:

1.º Con el Hospital de Santiago que socorre y ampara á los enfermos.

2.º Con un Hospicio, ó Casa de Misericordia, asombro de nuestros compatriotas y muy elogiado entre los extrangeros, donde se mantienen y educan respetable número de hombres, mugeres y niños de ambos sexos. (Por término medio 120 personas y 40 expósitos anuales).

3.º Con un Asilo de Ancianos, á cargo de las Her-

(1) El Sr. Becerro de Bengoa, dice en *El Libro de Álava*, ocupándose de la Beneficencia:

«Muy escaso es el número de pobres de la provincia que se ven circular por los pueblos y caminos, porque aunque no son de grandes recursos la mayor parte de las familias labradoras, se dedican al trabajo con asiduidad en todas las edades y todos los sexos, y no dejan que la miseria asome jamás en sus casas. Para los que, por desgraciadas circunstancias, quedan sin ayuda ni hogar cada hermandad tiene establecidos sus socorros, ya en modestos asilos, ya en limpios y sencillos hospitales.»

Escrito *El Libro de Álava* durante la última guerra civil, preciso es reconocer que han variado muchísimo las circunstancias de esta provincia: la supresión de nuestras Diputaciones forales y los efectos de la Ley de 21 de Julio de 1876, han influido sobremanera en las privativas costumbres alavesas, decayendo su proverbial bienestar y aumentando sensiblemente el pauperismo.—(N. del A.)

manitas de los pobres, donde encuentran refugio los naturales de la provincia.

4.º Con el Asilo de las Desamparadas que resta no despreciable contingente á la mendicidad y á otros denigrantes vicios.

5.º Con las Conferencias de San Vicente Paúl que ejercitan, con general aplauso, las saludables prácticas de su instituto.

6.º Con los donativos particulares que se hacen á los señores Párrocos para su equitativo reparto entre los feligreses necesitados.

7.º Con la Sociedad de Socorros domiciliarios sostenida por el vecindario acomodado en auxilio de los indigentes y vergonzantes.

8.º Con las sociedades de Socorros mútuos entre artesanos, cuyos eficaces auxilios impiden el aumento del pauperismo.

9.º Con los esfuerzos de la caridad particular, siempre inagotable, y de cuyo modo de hacerse quizá depende el fomento del mal que lamentamos (1).

10.º Aunque por su importancia, es notable en extremo, dejamos para este lugar á la grandiosa y moderna institución de *La Pía Unión de San Antonio de Pádua* y la *Obra del Pan de los Pobres*, piadosas fundaciones establecidas en la Iglesia parroquial de San Pedro, que favorecen á cerca de doscientas familias con un socorro mensual permanente de pan que no baja de cuatro mil kilos, cuidando de que á los enfermos y verdaderos desvalidos no les falten raciones de carne, leche, etc., y dis-

(1) Hay quien da limosna por verse libre de un importuno.

Hay quienes dan por cumplir ese deber social.

Hay otros que practican la caridad por jactancia.

Hay quien, pretendiendo administrar su propia limosna, desconfía de toda sociedad por moral y elevada que sea, y la entrega por su propia mano.

Hay quien da por egoismo, por lujo, etc., etc.

tribuyendo sábanas, mantas, camisas, de hombre y de muger, faldas, delantales, blusas, gergones, medias, pañuelos, trages de niños, de ancianos, etc., etc.

Esta asombrosa institución que apenas cuenta tres años de existencia, que solo vive de la limosna particular, y cuyo maravilloso incremento parece un don del Cielo, ha recogido y distribuido, con laudable equidad, desde Mayo de 1898, hasta Abril de 1899, la fabulosa cantidad de 12.225'35 pesetas, recibiendo 573 peticiones de las que, á juicio del celoso Director y de la notable Junta de Señoras, han sido atendidas 211, entregándose de conformidad, además de ropas y enseres, raciones de leche, carne, chocolate, etc. y 8.088 otanas de pan de cuatro kilos de peso cada una.

Muchas son las desgracias que afligen á la capital alavesa y numeroso, sin duda, el contingente de pobres, mas, con instituciones tan santas y benditas como la *Obra del Pan de los Pobres*, sin contar con las demás benéficas que hemos citado parece que debiera solucionarse, muy satisfactoriamente, el problema del pauperismo alavés.

No hemos terminado aún de enumerar las dádivas del generoso pueblo vitoriano: réstanos, ya que algo signifícan, hablar de las sobras del rancho de los Cuarteles, así como las de los Carmelitas, Salesas y Brígidas, que alimentan, también, á crecido número de personas y familias que forman *clientela* especial de los establecimientos citados.

Si todos los esfuerzos aunados de la caridad vitoriana, distribuidos en limosnas, cayeran en manos verdaderamente necesitadas, hace tiempo que no se escucharían en las calles esos lamentos angustiosos que acusan hambre y miseria en contados individuos, vicio y avaricia en muchos. Una sencilla proporción entre el valor

representativo de lo que se recauda y el de la población indigente que se cobija en Vitoria, lo demostraría palmarientemente.

Agréguese, á esos cuantiosos donativos, las limosnas en las villas y pueblos de alguna importancia, recogidas por las Juntas de pobres, las que arroje el ejercicio de la caridad particular en el resto de la provincia, y la suma á que asciendan las cartas de socorro facilitadas á los necesitados que van de tránsito, y no será extraño que obtengamos una cantidad mas que respetable, enorme, toda ella destinada al socorro del prójimo indigente, la cual, lejos de satisfacer el fin á que se destina, se hace de día en día más insuficiente para atender al cumplimiento de tan hermosa como elevada misión. Extraño parecerá: aún no hace cuarenta ó cincuenta años, Vitoria con su Casa de Misericordia y la generosidad de su vecindario casi desconocía el pauperismo: los mendigos eran contados y la sobriedad y la vergüenza patrimonio de la clase menesterosa. Hoy que la capital alavesa ha duplicado el número de habitantes, que ha triplicado sus construcciones y que ha quintuplicado las asociaciones de socorros y los asilos de la caridad, vive, como la provincia, preocupada por el malestar que ocasiona el pauperismo, hasta el punto de que la Exema. Corporación popular de Vitoria, propone y acuerda representarse en el Certamen literario que organiza el antiguo y acreditado Ateneo de esta Ciudad, con el tema que, tanto al autor de estas lineas, como á otros, pone la pluma en las manos, deseosos, si no de acertar, si no de hallar la fórmula radical y solemne que se solicita, al menos con la filantrópica intención de proponer, entre varios, un medio acertado, objeto de generales aplausos entre distinguidos economistas y profundos pensadores, y llamado, por su importancia indu-

dable, á servir de piedra angular en la ansiada restauración del edificio social.

Si el Ayuntamiento vitoriano consiguiera encauzar de un modo práctico los resultados de la caridad, haciéndola fecunda y apartándola de los falsos pobres, se verá libre del pauperismo en contados meses; si esto no se hace, inútil es buscar la fórmula que prive de la limosna, pretendida con buenas ó malas artes, al que carece en este mísero mundo, de sustento, albergue y vestido.

Todo depende de conocer á la persona á quien se socorre: si ésta es honrada y menesterosa, ayudémosla siempre; si no reúne tales condiciones, que no se pierda nuestra caritativa dádiva y se convierta en poderoso auxiliar del vicio, de la vagancia y hasta del crimen.

III

Someramente bosquejado el pauperismo alavés y los medios con que se procura combatir su desarrollo, estudiemos, ahora, las causas de su acrecentamiento en la capital, enumerando aquellas que principal y directamente influyen en la continua y constante inmigración observada en Vitoria, hasta el punto de hacer casi estériles é ineficaces los generosos esfuerzos de la caridad y de la filantropía.

Dos clases de causas han intervenido en el aumento del pauperismo provincial: unas que llamaremos determinantes, aunque no sean fundamentales, y otras que distinguiremos con la calificación de secundarias ya que sus efectos, originados de aquellas, aparezcan como indubitables gérmenes de la enfermedad social que estamos examinando.

Las causas determinantes de que hacemos mérito, son, las dos guerras civiles que en el siglo actual tu-

vieron como teatro á las provincias vascongadas. Antes de tales acontecimientos, vivía la nuestra de Alava, no obstante la pobreza de su suelo, aspirando las benéficas auras de un envidiable bienestar. Un gobierno, casi patriarcal, una administración modelo, un orden admirable, eran secuelas deducidas de sus arraigadas creencias religiosas y de sus costumbres morigeradas y sencillas. Las conmociones interiores de Álava, en pasados siglos, no lograron amortiguar la proverbial pureza de esas costumbres que se han cantado en todos los tonos y han sido objeto de singular admiración. La propiedad, dividida y subdividida como en pocos territorios, tenía en nuestras antiguas hermandades y municipios prados y montes comunales, que, por su caracter inalienable, eran de todos y de ninguno, trabajaba el vecindario en interés común utilizando, en proporción, leña para sus hogares y pastos para su ganadería, comprendiendo en tal reparto á las viudas y á los imposibilitados: las relaciones entre patronos y clientes fueron tan cordiales y estrechas como las santas é íntimas de la familia: la agricultura y las pequeñas industrias satisficieron las cortas necesidades de un pueblo virtuoso, sobrio y trabajador que, por instinto, se cuida mucho de su mejoramiento y atiende solícito, después de Dios, á conservar la paz en el interior y la armonía entre sus convecinos, considerando á una y otra como notas características de su futura prosperidad. En una palabra, los alaveses anteriores al año setenta, de esta centuria, desconocieron el tipo del colono temporero y errante, origen de la miseria rural, porque el labrador alavés, salvo rarísima excepción, vinculaba de generación en generación los arrendamientos, encariñándose con ellos y cuidándolos con el mayor esmero, como si fueran hacienda suya.

Mas, las últimas guerras, por largos años sostenidas,

introdujeron en este país gustos y costumbres diferentes, crearon nuevas necesidades y vicios desconocidos é ignorados hasta entonces, á la par que trajeron consigo la génesis de la postración y decadencia en que nos encontramos y que originó nuevas y variadas causas del acrecentamiento del pauperismo alavés.

Figuran entre éstas, ó sean las secundarias, *la crisis ganadera y agrícola* que ha restado muchos brazos á nuestros campos, aumentando el número de campesinos inmigrantes á la ciudad y villas de importancia, porque en Álava, como en toda España, la mudanza de los tiempos, la escasez de las recolecciones, los años malos y los inviernos crudos son causas de que el jornal escasee y abra de par en par las puertas de la mendicidad y del pauperismo.

La emigración, hecha en pequeña escala á las Américas, y en mayor á Bilbao, á las minas de Somorrostro, en donde los obreros rurales encuentran mayores salarios de los que se perciben en Álava. (El Censo de 1877 acusó notable disminución de habitantes en la reducida población de esta provincia).

La falta de numerario en los pueblos, comprobada por el no despreciable número de propietarios que dan las tierras á labrar solo por el pago de las contribuciones, observándose, además, que existen en bastantes aldeas considerable extensión de tierras yermas, casas deshabitadas y aun abandonadas y chozas caídas y arruinadas.

No son solo las citadas, las causas únicas que aumentan diariamente la población indigente de la capital alavesa. Pueden añadirse *el empobrecimiento del suelo; la rutina é ignorancia en las prácticas agrícolas y la falta de capitales y de abonos*, y sobre éstas hemos de conceder lugar preferente á la que se deduce de *la situación*

topográfica de Alava, y de la importancia que ha adquirido su capital en los últimos años. Álava, enclavada entre Castilla y Vizcaya, sirve de tránsito á los emigrantes que, desde las demás provincias del centro y mediodía de España, acuden á Somorrostro en busca de trabajo, y á los que regresan por falta de él. Y en esa peregrinación de ida y vuelta, son muchos los que, conociendo las piadosas y tradicionales prácticas vitorianas, adoptan en calles y plazas la humilde actitud del mendigo, explotando la caridad pública en perjuicio de los verdaderamente necesitados. Este grupo de falsos hambrientos que atraídos por la cuantía de los jornales que se ofrecen en las minas vizcainas, verifican sus incursiones por el suelo alavés, vuelva ó nó con ahorros, da muchos prosélitos á la mendicidad vitoriana, algunos de los cuales, trocándose de emigrantes en sedentarios, vienen á constituir un nuevo núcleo que multiplica, cada vez más, el alarmante número de seres, afiliados al pauperismo en esta provincia.

Tales son, entre otras, las principales causas que determinan el aumento de la mendicidad, y el estudio detenido de alguna de ellas, confirmaría de modo evidente el cambio operado en nuestras seculares y aplaudidas costumbres, en cuya pristina esencia encontraríamos, también, como sello distintivo del pueblo alavés, el amor al trabajo, el horror á la indolencia y la aversión á la mendicidad.

Ocasión era esta para tratar de la situación actual de nuestras fuentes de riqueza, examinando, siquiera fuese á la ligera, el estado de la agricultura, de la industria y del comercio en la limitada y laboriosa provincia de Álava, para conocer el relativo desahogo de su escasa población y la proporción en que responde á conllevar las desgracias sociales y que particularmente pueden

afectarla; mas, tal estudio, ageno á la índole peculiar de este trabajo nos conduciría á digresiones que debemos evitar, aunque anticipemos la idea, no aventurada por cierto, de que Álava responde al llamamiento de la caridad como quizá no lo haga ninguna provincia del resto de España.

IV

Llegamos á la parte más árida del asunto. Reconocida la existencia del pauperismo alavés; expuestas las causas de su aumento y las que motivan la incesante inmigración de sus afiliados á la capital, réstanos contestar si hay medios, capaces por su eficacia, para combatir esa afluencia de pobres que, pululan por las calles y plazas de la culta y aseada Vitoria, ofreciendo un espectáculo que contrasta con la notoria laboriosidad de sus hijos.

Mucho se ha escrito y discutido acerca de tal cuestión: en volúmenes de renombrados filósofos y estadistas encontramos propuestas y ofrecimientos destinados á aminorar los efectos del malestar social que padecemos; sanos consejos y saludables advertencias que al pasar del campo de la imaginación al de la práctica resultan completamente estériles, dado que ni se halla el remedio, ni aparece por parte alguna el talismán que sirva para disminuir los negros corolarios de esta enfermedad que agrava, por momentos, la tranquilidad del edificio social. Preciso es confesarlo; son muy complejas las causas que informan el pauperismo, hasta el punto de hacer exclamar á un distinguido escritor que «el malestar de las clases populares engendra las emigraciones, el incremento de la inmoralidad pública y la mendicidad, tres calamidades públicas que nadie desconoce y contra las

cuales no son bastante vigorosas ni la acción oficial ni las asociaciones benéficas que existen.»

¿Qué importa que además de los establecimientos benéficos ya enumerados, existan en Vitoria escuelas dominicales donde gratuitamente reciban instrucción considerable número de muchachas; escuelas de la Juventud Católica que enseñan y educan á muchos jóvenes y adultos; clases especiales para niñas pobres en los colegios de las Ursulinas, Reparadoras y del Niño Jesús? Nada: la ilustración se difunde, es cierto, en la provincia de Álava, hasta el punto de que ocupe honrosísimo lugar en la Estadística de la cultura patria, pero el pauperismo, aumenta por meses, por días y por horas, semejando á una hidra á quien se cortara una cabeza. ¿Qué importa, repetimos, que el Excmo. Ayuntamiento, comprendiendo á dónde conducen los hábitos de la economía doméstica, cuente, entre sus bien organizadas dependencias, con una *Caja de Ahorros*? Muy poco, porque la simple inspección de las imposiciones hechas por obreros basta para conocer el escaso número que suman y la poca importancia de las cantidades impuestas. ¿Qué importa, en fin, que algunas personas entusiastas por la caridad cristiana acudan con grandes cantidades al sostenimiento de hospitales y asilos creyendo de tal modo hacer la felicidad de los necesitados? Nada: la lucha por la vida se impone como axioma incontrovertible y sabido es que á grandes males deben oponerse mayores y radicales remedios.

Fuera de toda duda, Vitoria ejerceita de una manera envidiable esas hermosas obras de misericordia que se intitulan «Enseñar al que no sabe» y «Dar de comer al hambriento,» siendo prueba excelente de cuanto decimos los suntuosos é higiénicos edificios que albergan al pobre y cuya sola existencia demuestra su necesidad.

Atiende, como pocas poblaciones, á los santos fines que tanto recomienda la primera virtud del Cristianismo, y, no obstante, cualquiera que la visite en un sábado, se extrañará de esa hilera interminable de pobres que, autorizados por el Sr. Alcalde, demandan de puerta en puerta y de piso en piso la acostumbrada limosna hebdomadaria. Entre éstos, semejando á la hábil organización que sus congéneres tienen en París, Londres y demás ciudades populosas, hay varios que al presentarse en las habitaciones conocen perfectamente las cualidades de sus dueños, su caridad ó su filantropía, su posición social, ideas políticas, etc., etc., y hacen uso de tales conocimientos para que la colecta resulte más fructuosa. En las puertas de los templos, en lugares extrañados y poco vigilados por los celadores municipales y, especialmente, en las avenidas de la ciudad, en carreteras y caminos vecinales, multitud de mendigos salen al encuentro de los transeuntes molestándoles con sus aflictivas quejas compendiadas en la estereotipada frase de «¿Señor, que no he comido en todo el día!» Antes eran pocos, hoy son muchos, y si nada se hace para cohonestar ese mal, lo que hoy adquiere ya síntomas de una gravedad fácilmente explicable, puede convertirse en algo que se deba precaver mejor que lamentar.

Comprendemos, ahora, la importantísima significación y el elevado alcance del tema propuesto por el Excelentísimo Ayuntamiento de Vitoria, y nos fijamos profundamente, con toda atención, en el interés que encierran las siguientes palabras: *inmigración á la capital, medios de combatirla*.

¿Es posible responder con algún éxito á estas preguntas? Sí, contestamos, sin vacilaciones y ambigüedades. Será inaudita nuestra pretensión, pero, creemos firmemente, que los medios capaces de disminuir y aun

de atemperar la gravedad del mal que combatimos no se han agotado y al recto criterio y notoria ilustración de los inteligentes Jurados designados para calificar los trabajos de esta índole, nos atrevemos á proponer los siguientes:

Primero: para que los mendigos y vagabundos vayan en proporción decreciente y cese, en gran parte, la inmigración que hoy se nota en la capital de Álava, hacen falta dos cosas: el concurso del vecindario y sabias disposiciones municipales.

El vecindario debe abstenerse de distribuir, en la calle, limosnas metálicas ó en especie, dejando á la iniciativa del Ayuntamiento la creación de una *Tienda Asilo, especial*, para cuyo sostenimiento solicitará el concurso de los institutos piadosos y asociaciones caritativas, así como el de todas las personas de buena voluntad, que no han de negarse á cooperar á tan noble y cristiana empresa.

El Ayuntamiento, así como en la crudeza de los inviernos y especialmente en los días de grandes nevadas, concede raciones de pan y legumbres á los pobres de solemnidad y á muchos jornaleros que por trabajar á la intemperie se ven privados del salario, tendrá dispuestas, en épocas normales, cien raciones diarias, por término medio, de pan, carne, sopa y legumbres. Suponiendo que estas raciones, en conjunto, tengan un valor de 0'40 pesetas, tendremos un gasto mensual de mil doscientas pesetas, que el mismo Ayuntamiento debe emitir interesando á las asociaciones benéficas y á las personas caritativas en su compra al precio de diez céntimos cada fracción, esto es, bono de pan, bono de carne, etc. Los bonos sobrantes, si los hubiera, se anunciarían á la venta con objeto de que puedan adquirirlos cuantos deséen socorrer á los desgraciados y, es seguro, que no faltarían

compradores. Un empleado en las oficinas de Empadronamiento y un revisor, además del personal que el Ayuntamiento utiliza en la casa de Misericordia, bastan para atender á este servicio cuyo desempeño, por demás sencillísimo, es el siguiente:

Un mendigo ó un vagabundo, solicita limosna de cualquiera, manifestando que tiene hambre, y se le dan uno ó dos bonos. El mendigo, una vez en posesión del bono, se dirige á las Consistoriales y el empleado escribe en él, «*Vale por el día de hoy:*» que hace constar, firma y sella, y devolviéndolo, el interesado se dirige al Hospicio, ó al lugar donde se instale la *Tienda Asilo*, y allí consume su ración.

Se objetará que hoy en día practica igual ó parecido medio la Asociación de Socorros domiciliarios y hay que distinguir muchísimo. La asociación citada, á semejanza de las de San Vicente Paúl, socorren á familias de obreros de reducido é insignificante jornal, quizá á algunos pobres vergonzantes y á varios que lo sean de solemnidad. Pero, como estos desgraciados siempre existirán, en mayor ó menor número, (y mucho nos alegraremos de que jamás se encuentren faltos de los precisos auxilios), se ha de tener en cuenta, que nosotros buscamos la extinción ó la disminución pronta de los mendigos profesionales y de los indigentes ambulantes, cuyo contingente, dentro del pauperismo, es asombroso y en extremo perjudicial, entre otras causas, porque esterilizan los generosos esfuerzos del vecindario en pró de sus pobres.

Con el sistema que acabamos de exponer, el mendigo ó vagabundo que verdaderamente tenga hambre la satisfará mediante un pequeño paseo, si bien, antes, desfilará en presencia del revisor municipal, quien, al cabo de algunos días, conocerá perfectamente á su *clientela*. Y, supongamos que un mendigo cualquiera, se

procura seis, diez, veinte ó treinta bonos, como no puede cambiar mas de cuatro ó cinco por día, para consumir sus treinta bonos, debe presentarse cinco veces, lo menos, delante del mismo empleado de las consistoriales, el cual, conociendo el abuso, le negará su firma y el sello dejando á los bonos sin ningún valor. Y, lo que sucederá con frecuencia, si el vagabundo es un perdido ó un mendigo de profesión, se guardará muy bien de presentarse en las oficinas del Ayuntamiento donde es conocido, y aunque tenga bonos serán nulos para él, en tanto que la *Tienda Asilo* economizará el valor de los no presentados empleándolos en socorro de los verdaderamente necesitados.

Tal es la modernísima teoría y tal, también, la constitución y funcionamiento de *L' Union d' assistance du XVI arrondissement de París*, modelo en su género, que nos da á conocer el profundo observador Mr. Louis Paulian, secretario de la Cámara de los Diputados, en Francia, y que, el autor de este escrito, presenta saturándola, así como á todo su trabajo, del colorido local que necesita cuanto haya de relacionarse con el pauperismo alavés. Y compárense los desembolsos que hoy se hacen en obsequio de la caridad, súmense los esfuerzos aunados de nuestros establecimientos benéficos y de la iniciativa particular, y se verá si el sistema precedente es más económico y más eficaz, también, para hacer desaparecer ese enjambre de mendigos y famélicos que solo buscan dinero, unos para gastarlo en la taberna y otros para satisfacer los apetitos de su sórdida avaricia. ¿Quién no ha observado el mal efecto que hace á los que piden cinco céntimos recibir un bono y algun consejo?....

Un año de experiencia, ó menos, bastaría para conocer los efectos del sistema que proponemos y, si, como es de esperar, los resultados corresponden á cuanto am-

bicionan los pueblos cultos, los pequeños sacrificios impuestos por el Excmo. Ayuntamiento de Vitoria, fortalecidos por el éxito, habrán resuelto para lo sucesivo las intrincadas incógnitas que entraña este problema social.

La teoría de Mr. Paulian, adoptada en algunas poblaciones de Francia y Alemania ha dado excelentes resultados. En España, casi desconocida, solo una capital, Zaragoza, ha conseguido llevarla á la práctica con gran contento del vecindario que se ve libre del pauperismo y de sus ingratas manifestaciones. La capital de Aragón, más populosa y más rica que la de Álava, ha dedicado sumas de alguna consideración para su planteamiento, y nosotros, atendiendo á la riqueza é ingresos del Ayuntamiento vitoriano, limitamos los gastos y los trabajos de oficina á lo meramente preciso, esperando que si el municipio, con su paternal autoridad, se dirige á los bienhechores en la forma oportuna, éstos responderán, con creces, á la implantación de una mejora que tanto beneficia á la proverbial cultura del pueblo alavés, y que á voluntad, podrá administrar el propio Ayuntamiento, ó delegar esa facultad en una Junta de personas respetables é independientes por su posición social.

Hoy se agita esta cuestión en Madrid, y es casi seguro que se acudirá á la teoría de Mr. Paulian para solucionarla satisfactoriamente, según se desprende del siguiente escrito publicado en *El Imparcial*:

«El ministro de la Gobernación se propone dictar en seguida las convenientes disposiciones para que cuanto antes sea un hecho la extinción de la mendicidad.

En primer término, se fundará una junta formada por personas de posición social, completamente ajenas á los centros oficiales, que dirigirá la administración de la beneficencia privada.

Se crearán diez tiendas-asilos ó más si preciso fuese, con salones anejos para escuelas, recreos y almacenes. Todo necesitado puede acudir á

esas tiendas, donde por un bono que costará 10, 15 ó 20 céntimos, se les dará ración de comida y pan.

Al que carezca de ropa le será facilitada, y en las escuelas podrán permanecer durante el día los niños cuyos padres necesiten acudir á sus ocupaciones para obtener el sustento. A esos niños se les dará de comer en las salas anejas á la tienda.

En los establecimientos se venderán bonos, y las personas caritativas pueden comprarlos para dárselos á sus pobres, en lugar de repartir á ciegos en las calles unos cuántos céntimos, que las más de las veces solo sirven para alimentar el vicio de la embriaguez.

Una vez establecido tan vasto como bien pensado organismo, nadie deberá dar limosna en las calles, puesto que las personas caritativas pueden cumplir su misión suscribiéndose por cantidades mensuales desde un real hasta la suma que estimen prudente, para sostener las tiendas-asilos, asilos de noche, escuelas, etc., creados por esta disposición gubernativa.

Todo mendigo que se encuentre en las vías públicas de la capital ó en sus paseos de las afueras, será detenido inmediatamente y enviado al pueblo de su naturaleza.»

Si acaso no satisficiera al Excmo. Ayuntamiento victoriano el medio que tanto encomian discretos economistas, nos animamos á proponer algo más práctico y que imprima mayor actividad á los vehementes deseos de esta corporación popular. Como complemento al sistema enunciado citaremos otro remedio que solo se practica en Bélgica, nación pequeña, sí, pero, tan ilustrada y trabajadora, que es la única de Europa y del mundo, en donde no se pide limosna y en donde se desconocen los perniciosos efectos del pauperismo y de la mendicidad.

Consiste tal remedio, (en nuestra opinión el más perfecto de cuantos se han ideado), en el establecimiento de un *Taller de Asilados*, pequeña colonia del trabajo, donde hubiera plazas para ochenta ó cien mendigos, divididos en secciones especiales, por sexos y edades, á fin de preservar á los jóvenes del contagio del mal que, generalmente, produce, las aglomeraciones de esta clase de gentes. El régimen para todos sería el trabajo, ya en el campo ya en especiales industrias de las que hoy se de-

sarrollan en la capital alavesa, pero, siempre, de modo que la colonia cubra sus gastos. Los asilados, además de la manutención podrán recibir una retribución de diez, quince ó veinte céntimos diarios, según su habilidad, y á los honrados y dignos se les permitiría gastar, como quisieran, la tercera parte de lo que ganasen.

En tales talleres, el régimen interior es muy bueno para los asilados laboriosos y asiduos en sus tareas, y muy duro para los holgazanes y faltos de hábito en el honroso trabajo.

Esta excelente idea de los belgas es superior de todo punto á lo que sucede en los Asilos de las Desamparadas, de los Ancianos y aun de los mismos Hospicios, y los resultados que producen esas colonias de trabajadores, en donde se cobijan de cuatro á cinco mil asilados, ha adquirido tan merecida resonancia, que los Estados Unidos, y hoy mismo la capital de la República francesa, se ocupan del planteamiento de los mismos, considerándolos como al único medio hábil capaz de extirpar la mendicidad, que tanto daña á la moralidad pública como antitética que es á todo lo que sea trabajo.

Solo un ejemplo citaremos, que aunque sucedido en París, puede aplicarse á todo el mundo. *L'Œuvre des commerçans*, cuyo objetivo es prohibir la limosna y proporcionar ocupación durante cuatro ó cinco días, y más si es posible, con una remuneración de cuatro francos diarios, recibió instancias de 727 pordioseros. Facilitó á todos, los auxilios conducentes, y de los 727, 312 aceptaron cartas de recomendación para trabajar y 174 solamente se presentaron en los talleres designados. De este número, 37, después de trabajar medio día, reclamaron los francos para ir á comer y no volvieron, 68 trabajaron todo el día, cobraron sus cuatro francos y desaparecieron para siempre; 51 trabajaron solo dos días y el in-

significante resto de 18 permaneció en los talleres donde provisionalmente se les había recogido.

He aquí un dato elocuentísimo para demostrar que el pauperismo y el trabajo se repelen, haciendo impotente y estéril el esfuerzo privado, y pidiendo á grandes voces la necesidad de una Ley que acabe con tamaños abusos y en la cual encuentren protección los desvalidos y corrección los holgazanes. Nada se hace en nuestra patria: (1) muy poco en otras naciones, y es preciso que todos los pueblos civilizados y amantes de su bienestar interior, secunden las tres proposiciones de ley que, hace pocos años, presentó en la Cámara francesa el gran conocedor de los usos y costumbres de todo género de mendigos, el ilustre pensador y Diputado de París, Mr. Georges Berri.

Hélas aquí, y mediten sobre ellas los economistas españoles: 1.^a Quedan anulados los artículos de la ley concernientes á la vagancia y á la mendicidad. 2.^a La vagancia y la mendicidad serán consideradas en lo sucesivo como infracciones, siendo castigadas por los jueces municipales con una condena variable de un mes á cinco años de internado en una colonia de trabajo; en la 3.^a se ocupa de la creación y condiciones que han de tener las colonias de este género.

Si Francia, como es seguro, traduce en leyes dichos proyectos, la vagancia y la mendicidad dejarán de ser delitos en aquella nación, y, en su consecuencia, no serán condenados por los tribunales ordinarios los delinquentes de esta especie que engrosan las cárceles, comen y beben, y aguardan en la más completa inacción el momento de su libertad. Las faltas ocasionadas por la va-

(1) Es casi seguro que antes de terminar el año, acaso en la actual Legislatura, se disponga una Ley muy parecida á la que nosotros indicamos, la única y la mejor de cuantas se conocen hasta el día.

gancia y la mendicidad se purgarán en las colonias de trabajo destinadas á devolver á la sociedad ciudadanos corregidos y útiles.

No dudamos de que el proyecto de Berri será ley en toda Europa, con el tiempo, y su planteamiento, en España, se vislumbra hoy como único medio de suprimir la profesión de vago, porque, si nos conformamos con alojar al mendigo en asilos más ó menos espléndidos, dotados de todas las ventajas de la Higiene (como los de Santa Cristina, en Madrid), y no se les exige trabajo alguno, los pobres se desmoralizarán más, si cabe, y al abandonarlos volverían con mayor persistencia á buscar, en la limosna, el medio de satisfacer comodidades que en aquellos disfrutaron.

Y, ¿es posible que el municipio vitoriano se encuentre en disposición de saborear, antes que toda Europa—excepción hecha de Bélgica,—las primicias de estas colonias del trabajo?

No: desgraciadamente. Ni las disposiciones de la primera corporación popular de Alava tienen fuerza de ley, ni ese Ayuntamiento dispone de edificios extramuros, bien situados, que le permitan ensayar tal sistema.

Algo parecido se hace en la Casa de Beneficencia, pero en aquel Santo Asilo que tiene demarcado su fin, no pueden introducirse tales prácticas sin perturbar las buenas y tradicionales costumbres del mismo: y, preciso es confesar, que, bajo el aspecto económico, las arcas municipales no se encuentran en disposición de sufragar tamaños desembolsos.

Pero, en Álava, en esa pobre y laboriosa provincia, encomiada de propios y extraños, se nota, más que en muchas otras, el marcado afecto que la profesan sus hijos, y ante la penuria de las arcas municipales, una iniciativa tan grande como generosa va á poner á disposi-

ción de nuestras corporaciones administrativas el medio único y eficaz que ha de responder cumplidamente á las aspiraciones del Ayuntamiento vitoriano.

Parece que la Providencia, velando por la conservación de la pureza en las tradicionales costumbres alavesas, ha querido darla una relevante prueba de su inmenso amor, sirviéndose al efecto de un distinguido hijo de Vitoria, del Excmo. Sr. D. Juan Cano, Senador del Reino, (1) quien, uniendo á la caridad cristiana una filantropía desinteresada y en extremo plausible, vivifica y perpetúa el recuerdo de sus difuntos padres y hermana, cediendo gratuitamente 33.000 metros de terreno á la Excm. Diputación provincial, y 7.000 al Excelentísimo Ayuntamiento de Vitoria. Destínanse tan vastas parcelas de terreno, la primera, para la construcción de un Asilo provincial, y la segunda, para la apertura de las calles necesarias al buen servicio del grandioso establecimiento que se proyecta.

(1) ASILO PROVINCIAL DE SANTA MARÍA DE LAS NIEVES

El día 4 de Agosto de 1899, en los amplios solares que dan acceso al paseo de la Zumaquera, en la ciudad de Vitoria, tuvo lugar el acto solemne de bendecir y colocar la primera piedra del Asilo que proyecta construir la Excm. Diputación, utilizando no solo el generoso donativo que, en terrenos, hizo el Excmo. Sr. D. Juan Cano, Senador del Reino, sino también los adelantos pecuniarios del citado señor, Excmo. Sr. Marqués de Urquijo y otros.

Banderas y gallardetes demarcaban la espaciosa superficie que ha de ocupar el nuevo establecimiento benéfico y sus dependencias, y en un arco, modesto y sencillo, leíase la inscripción que sirve de título á esta nota y que demuestra el deseo de colocar al Asilo bajo la advocación de Nuestra Señora de la Blanca, Patrona de Vitoria.

Presidió el acto—por delegación y ausencia del Prelado de la Diócesis—el M. I. Sr. Gobernador Eclesiástico, D. Ignacio Hernández, encargado de dirigir la ceremonia religiosa á la que asistieron todas las autoridades civiles y militares, Diputados á Cortes, etc., etc. y gran parte de la población vitoriana deseosa de rendir justo tributo de admiración á los desinteresados donantes que han coadyuvado á completar el servicio de la Beneficencia en esta provincia y aminorar, sin duda, los poco edificantes ejemplos de la mendicidad.

No se limita el generoso donante á la simple entrega de los terrenos, ya que el angustioso estado financiero de la Provincia y Ayuntamiento de Vitoria no se encuentren en condiciones de distraer respetables cantidades y de secundar los deseos expresados por el señor Cano; este mismo señor, unido y asociado á una de las grandes figuras alavesas, al Excmo. Sr. Marqués de Urquijo, que ostentá en los cuarteles de su escudo nobiliario los emblemas del trabajo, de la constancia y de la virtud, y cuyo esclarecido nombre aparece, hace muchos años, confundido con obras caritativas de la mayor importancia, aportan, así como D. Francisco Alday, más de los dos tercios de la suma presupuesta para llevar á cabo la construcción de ese establecimiento, sostenido, desde su principio, por un donativo de ciento cincuenta mil pesetas que, entre las bendiciones de todos sus paisanos, entrega el Excmo. Sr. Marqués de Urquijo.

No conocemos provincia más pobre ni hijos más opulentos y caritativos. Éstos, en posesión de considerables fortunas, adquiridas con el sudor de su rostro, según ordenan las Sagradas Escrituras, atienden al remedio de las necesidades del prógimo emulando las virtudes de los varones más ilustres y despréndense de lo que juzgan supérfluo é innecesario en provecho de sus semejantes desvalidos contribuyendo á hacer más llevadera su mísera situación. ¡Bienaventurada sea la Caridad Cristiana!

En ese asilo, que se construirá sin duda en armonía con las exigencias de los más adelantados de su clase, podrán ensayarse los procedimientos empleados por los belgas que todos admiran y que, hoy en día, son la última palabra para aminorar y reducir el número de los vagos de profesión y se organizará la «Colonia alavesa del trabajo» que servirá de saludable antídoto á la grave en-

fermedad que hoy padece la antigua y morigerada Gaz-téiz.

Con un establecimiento de este género, adecuado á las necesidades de una provincia tan pobre como la de Álava, Vitoria y sus pueblos se desembarazarían de la mendicidad profesional y quedarían íntegros los esfuerzos de la caridad para el socorro de los verdaderamente necesitados, y, el Excmo. Ayuntamiento de Vitoria, que tanto celo muestra en la pureza de su administración, ofrecería á la consideración del mundo, después de Bélgica y antes que la misma París, y los Estados más adelantados, los resultados de su colonia del trabajo, único medio que los más ilustres pensadores, calificándolo de óptimo, han encontrado para poner coto y mantener á raya los inmorales efectos del pauperismo universal.

Citadas quedan las ventajas que proporcionan las colonias del trabajo, y para darles mayor relieve, añadirémos, por nuestra cuenta, que elevan y engrandecen el nivel moral de los pueblos, restando muchos prosélitos á las demoledoras ideas del anarquismo y socialismo que, como espada de Dámocles, amenazan de día en día á la tranquilidad pública y al bienestar de las naciones.

Hemos terminado: la enumeración de otros pretendidos remedios para combatir el aumento del pauperismo, darían á nuestro trabajo proporciones impropias y nada conducentes: facil es intercalar teorías y sistemas que jamás han tenido aplicación en la práctica, ya que su solo nombre las denunciaría como quiméricas concepciones y de escaso ó de ningún valor social. Hemos rebuscado lo más notable que han escrito profundos pensadores, y, no al azar, sino después de detenida selección y de prolijo meditar, presentamos, ante la notoria ilustración del Jurado calificador, los dos medios que nos parecen de mayor eficacia para responder, con algún

acierto, á lo consignado en el Tema VII.º de este certamen literario.

En España, solo una capital, Zaragoza, se distingue en la disminución de la mendicidad; estúdiense los remedios que ha puesto en práctica y es seguro que los habremos consignado, con suma sencillez, al tratar de las *Tiendas Asilo*; y en Europa, y en el mundo, son hoy generalmente encomiados los procedimientos de la industrial y laboriosa Bélgica, única nación que ha conseguido sobresalir en la implantación de un sistema llamado á combatir la mendicidad, no ya en su desarrollo, sino hasta en sus orígenes.

Antes que á Madrid, cabe á la pobre y morigerada provincia de Álava, la gloria de la iniciativa en despertar la afición á estos importantes estudios sociales, cuya trascendencia aumenta á medida del tiempo: es posible que en la Corte de España donde se encuentran valiosos recursos, facilidades y apoyos, produzca excelentes resultados la organización de la *Caridad Matritense*, pero, no es menos seguro que el municipio alavés si llega á tomar algún acuerdo en este asunto, conseguirá, en modesta esfera, superar las grandes y extraordinarias dificultades que se oponen al planteamiento de esta hermosa idea, nacida al calor de su honrada administración y amparada por las benéficas auras de la más grande de las virtudes, *por la Caridad Cristiana*.

CONSIDERACIONES

Excepción hecha de Bélgica, en todas las naciones de Europa se nota la influencia del pauperismo con sus

tristes y obligados corolarios. El Gobierno español, atento á poderosas iniciativas, se ha ocupado y ocupa de que desaparezca de la capital de España el repugnante espectáculo de la mendicidad, cada vez más creciente, y que nada nos recomienda á los ojos del extranjero que visita Madrid.

Pero el Gobierno, á menos de no hacer vigente la Ley Berri, se preocupa del sitio en que vive, importándole muy poco lo que suceda en provincias. Deber de éstas, y propio de sus corporaciones administrativas, es velar por los intereses y tranquilidad del vecindario, librándole de esas miserias reales ó aparentes que encarnan mejor en los corazones viciosos y sin educación que en los pobres dignos de consideración y de lástima. He conocido—dice un escritor eminente,—hombres de genio hambrientos, mugeres honradas sin pan, familias enteras castigadas por la miseria; no pocos han perecido, pero, gallardamente.—

La falta de armonía «entre la voluntad que gobierna y los apetitos que estimulan,» origina el mal del siglo, la mendicidad permanente, cuya extirpación necesita remedios tan radicales como los que recomienda el eximio autor de las colonias del trabajo.

Examínense con alguna detención los medios que proponemos para la extinción del pauperismo en la capital de Álava y que responda Zaragoza, con la adopción de la teoría de Mr. Paulian, los resultados obtenidos en muy pocos años: y estúdiense en la cultura interior de la Bélgica industrial, lo que de ella dicen los más famosos tratadistas.

¿Que es complejo y difícil el tema de estos apuntes? Lo sabíamos. ¿Que su esfera puede abarcar amplias manifestaciones y dar ocasión para escribir volúmenes enteros? No nos es desconocido.

Un móvil desinteresado nos guía á través de estas páginas, solo el conseguir que la limosna sea fecunda, y se aplique con equidad lo mismo á los que la solicitan de puerta en puerta, que á los verdaderos hambrientos á quienes el interior de un taller, ó de una habitación sin menage, sirven de tortura á sus necesidades no satisfechas.

Compárese en Vitoria lo que se pide y lo que se da, y el estadista que detalle la cuenta, encontrará un sobrante no despreciable que se pierde fomentando la misma mendicidad que combatimos.

Distíngase siempre entre el indigente y el mendigo de profesión, y tengamos presente los caracteres que á tales tipos señaló el inmortal obrero de las letras, el gran Cervantes: *«La honra puede tenerla el pobre, pero no el vicioso. La pobreza puede anular á la nobleza, pero no oscurecerla del todo; pero como la virtud dé alguna luz de sí, aunque sea por los inconvenientes y resquicios de la estrechez, viene á ser estimada de los altos y nobles espíritus, y por consiguiente favorecida.»*

Lo hemos dicho al principio y utilizándolo como lema de nuestro trabajo:

«Si un hombre no quiere trabajar, no es digno de comer.»

Cervantes leyó á San Pablo.

